

conmovía, le exaltaba como acto del más elevado, del más puro heroísmo. Quedo, casi al oído, añadió ella:

—No tema usted, Lucas; lo sabía, nunca seré más que la más fiel y fraternal amiga.

—¡Ah! Sœurette,—repitió él con voz apenas perceptible; —¡ah! ¡divina y triste amiga!

Viéndole tan fatigado, el doctor Novarre intervino, y le prohibió en absoluto hablar.

Sonreía discretamente el amable doctor, al enterarse de todo aquello. Le parecía muy bien que su herido tuviese una hermana y una mujer para cuidarle; pero había que ser razonable; no llamar la fiebre con tanta emoción. Lucas prometió ser muy juicioso, no hablando más, contentándose con mirar cariñoso á Josina y Sœurette, sus dos ángeles, uno á la derecha y otro á la izquierda de su lecho.

Hubo un silencio prolongado. La sangre del apóstol había corrido; aquel era el calvario, la pasión de donde iba á salir el triunfo. Vió acercarse á las dos mujeres en torno suyo y el herido volvió á abrir los ojos para sonreirlas. Luego, al dormirse murmuraba:

—Por fin el amor ha venido; ahora venceremos.

V

Hubo complicaciones que pusieron á Lucas en gran peligro. Durante dos días se le creyó muerto. Josina y Sœurette no se apartaban de su cabecera. Jordan se pasaba las horas sentado junto al lecho del dolor, abandonando su laboratorio, lo cual no había hecho desde la enfermedad de su madre. Desesperados aquellos tres corazones cariño-

sos, á cada momento temían recibir el último suspiro del ser querido.

La puñalada con que Ragú había herido á Lucas había conmovido á la Crécherie. En los talleres, á pesar del duelo, continuaba el trabajo; pero á cada instante se pedían noticias; todos los obreros se sentían solidarios, unidos á la víctima por el mismo afecto. El crimen absurdo, la sangre que había corrido, estrechaba el lazo fraternal más que varios años de experiencia humanitaria. Y hasta en Beauclair se había hecho sentir la simpatía; muchos se reconciliaban con aquel mozo tan joven todavía, tan guapo, tan activo, cuyo único crimen, á parte de su empresa de justicia, era haber amado á una mujer adorable á quien su marido abrumaba con injurias y golpes. En suma, nadie se escandalizaba de ver á Josina, muy adelantada en su embarazo, instalarse junto á Lucas agonizante. Parecía esto muy natural. ¿No era él el padre de aquel hijo? ¿No habían comprado los dos á costa de sus lágrimas el derecho de vivir juntos? Además, los gendarmes que perseguían á Ragú no habían encontrado ningún rastro, todas las pesquisas de quince días habían sido vanas; y el drama parecía desenlazado con el hallazgo del cadáver de un hombre, en el fondo de un barranco de los Montes Bleuses, medio comido por los lobos. En él se creía reconocer los restos horribles de Ragú. No pudo declararse oficialmente la defunción, pero arraigó la leyenda de que Ragú había muerto, ó por un accidente ó por un suicidio, en la locura furiosa de su crimen. Y si Josina estaba viuda ¿por qué no había de vivir con Lucas y por qué los Jordan no habían de aceptarlos en su casa? Y su unión era tan natural, tan fuerte, tan indisoluble, en adelante, que ni aún más tarde pensó nadie en recordar que no estaban casados legalmente.

Al fin en una hermosa mañana de Febrero, de claro sol, el doctor Novarre creyó poder responder de Lucas; y en efecto, pocos días después estaba en plena convalecencia.

Jordan, muy contento, había vuelto á su laboratorio. Solo quedaban allí Sœurette y Josina, muy cansadas por las malas noches anteriores, pero muy felices. Josina sobre todo, que no había querido cuidarse, á pesar de su estado, sufría mucho sin querer decirlo. Y también fué en una mañana de sol de primavera temprana, cuando los dolores, cuyas crisis disimulaba desde que se había levantado, le arrancaron un débil grito, mientras presenciaba el primer almuerzo de Lucas, el primer huevo permitido por el doctor.

—¿Qué tienes, Josina mía?

Continuaba ella luchando, pero tuvo que rendirse.

—¡Oh! Lucas, creo que ha llegado el momento.

Comprendió él, sintió una viva alegría ¡mezclada de inquietud al verla palidecer y vacilar.

—¡Josina, Josina; á tí te toca ahora sufrir, mas ¡para un resultado tan seguro, para una dicha tan grande!

Sœurette acudió desde el saloncillo próximo; y en seguida habló de hacer llevar á Josina á otra parte, porque allí no había donde acostarse. Pero Lucas suplicaba diciendo:

—No, amiga mía, no me lleve usted á Josina. Voy á estar con una terrible ansiedad... A ver como nos arreglamos, puede ponerse una cama en el salón.

Tendida en una butaca, Josina, sacudida por grandes dolores, había hablado también de marcharse. Pero sonrió dando la razón á Lucas. ¿Cómo dejarle ahora? ¿no iba el hijo querido á remachar su unión indisoluble? Ya consentía Sœurette, cuando entró el doctor Novarre que venía á hacer su visita ordinaria.

—Vamos, llego á tiempo,—dijo alegre.—Ahora tengo dos enfermos. Pero si el papá ya no me inquieta, la mamá tampoco. Van ustedes á verlo.

En algunos minutos, todo quedó organizado. Había en el salón un gran diván que se arrastró hasta el medio de la habitación. Se trajo un colchón y se hizo una cama. Tiempo era; el parto vino en seguida con rapidez y felici-

dad extraordinarias. El doctor seguía riendo, bromeando, y sentía no haberse quedado en casa pues la cosa iba tan bien. Por exigirlo Lucas se había dejado de par en par la puerta que separaba la alcoba del salón; y clavado todavía en su lecho, sentado, escuchaba ansioso, anhelando oír, comprender. Preguntaba a cada minuto, ardía en deseos de saber algo. Los menores lamentos de la mujer querida que padecía tan cerca sin que él pudiera verla, le oprimían el corazón. Deseaba que respondiera ella misma; una sola palabra para estar seguro; y tenía ella valor para decir palabras entrecortadas, débiles, procurando parecer alegre, ocultar el temblor de la voz.

—Hombre, esté usted tranquilo y déjenos en paz—dijo el doctor.—¡Cuando se le dice que es una maravilla, y que jamás un hombrecito se ha presentado tan bien! ¡Porque ya lo sabe usted; será hombre, de seguro!

De pronto, sonó un grito ligero, el grito de la vida, una voz nueva que ascendía entre la luz.

Lucas, inclinado, todo su ser tendido hacia el acontecimiento que se realizaba, oyó el grito y sintió el corazón latir con alegría.

—¿Un hijo, un hijo?—preguntó aturdido.

—¡Espere usted!—respondió Novarre riendo.—No tenga tanta prisa. Hay que verlo.

Casi al punto, añadió:

—¡Pues, si señor, cierto; es un niño, un hombrecillo, lo que yo había dicho!

Lucas entonces rebotando alegría, batió palmas como un niño y gritó cuanto pudo:

—¡Gracias, gracias Josina! ¡gracias por el regalo! ¡Gracias te digo ¡y cuánto te quiero Josina!

No pudo ella responder en seguida porque el dolor y el cansancio la tenían sin voz. Inquieto ya, repitió él:

—Te amo, Josina, y te doy gracias.

Tendiendo el oído hacia la puerta pudo oír una voz muy débil, como un soplo, pero feliz y deliciosa:

—¡Yo si que te doy las gracias, Lucas; yo si que te quiero!

Algunos minutos despnes Scœurette llevó el niño al padre para que lo besara. Era su amor tan puro, que ella también estaba radiante por toda aquella dicha, gozando una alegría sublime con la ventura de Lucas. Después de besar al niño la dijo cariñoso, alegre:

—¡Scœurette, amiga mía, tengo que besarla á usted también; bien lo merece ¡y estoy yo tan contento!

Y en el mismo tono respondió ella:

—¡Corriente, querido Lucas, béseme usted, todos somos muy felices!

Durante las semanas siguientes se gozó el placer de la doble convalecencia. En cuanto el doctor permitió á Lucas levantarse, quiso éste pasar una hora en una butaca junto á Josina, todavía acostada. Una primavera precoz llenaba la estancia de sol; siempre había sobre la mesa un manojo de rosas admirables que el doctor traía todos los días de su jardín, como receta, decía, de juventud, salud y belleza. Entre los convalecientes estaba la cuna de Hilario, el hijo que criaba la madre. Era el niño, sobre todo, quien ahora hacía florecer su existencia con más fuerza y esperanza. Repetía Lucas en sus continuos proyectos para el porvenir mientras esperaba poder volver á su empresa, que en adelante estaba tranquilo, seguro de fundar la Ciudad de justicia y de paz, pues tenía el amor, el amor fecundo, Josina y su Hilario. Nada se funda sin el hijo que ensancha y propaga la vida, y continua el hoy con el mañana. La pareja que engendra es la que trabaja en la dicha humana, la que salvará á los pobres hombres de la iniquidad y de la miseria.

La primera vez que Josina, ya en pie, pudo comenzar su nueva existencia junto á Lucas, éste la estrechó en sus brazos exclamando.

—¡Ah, tú no eres más que mía, nunca has sido más que mía, pues tú hijo es mío! ¡Henos aquí completos, ya no tememos nada de la suerte!

En cuanto Lucas pudo encargarse otra vez de la dirección de la fábrica, la simpatía que llegaba de todas partes aumentó maravillosamente, pero no solo el bautismo de sangre determinó el buen éxito de la Crécherie; hubo además un feliz hallazgo; volvió á ser la mina fuente de enorme riqueza, pues se volvió á dar con los filones considerables de excelente mineral que daban la razón á Morfain. Se produjo desde entonces hierro y acero tan baratos y tan buenos, que el Abismo se vió amenazado hasta en su fabricación de objetos finos y caros. Toda competencia se hacía imposible. Además, el gran empuje democrático multiplicaba doquiera las vías de comunicación, la extensión sin fin de los ferrocarriles, la construcción decuplada de puentes, edificios, ciudades enteras en que el hierro y el acero se empleaban en proporción prodigiosa, creciente, sin cesar. Desde los primeros Vulcanos que habían fundido el hierro en un agujero para forjar armas y defenderse y conquistar el dominio de hombres y cosas, el empleo del hierro no había hecho más que aumentar; el hierro acabaría por ser mañana la fuente de la justicia y de la paz, cuando la ciencia lo hubiera conquistado definitivamente produciéndolo casi de balde, plegándolo á todos los usos.

Pero sobre todo lo que determinó la prosperidad, el triunfo de la Crécherie, fueron las razones naturales, una administración mejor, más verdad, más equidad, más solidaridad. Llevaba en sí misma su buen éxito desde el día en que había sido creada por el sistema transitorio de una prudente asociación entre el capital, el trabajo y la inteligencia; y los días difíciles que acababa de atravesar, los obstáculos de todas clases, las crisis que se había creído mortales, eran simplemente los vaivenes inevitables del camino en los primeros días de marcha en que se trata de

no sucumbir, si se quiere llegar al fin. Y ahora se veía que la Crécherie siempre había tenido fuerza, savia para las recolecciones futuras.

Era una lección de las cosas que iba á convencer poco á poco á todos. No cabía negar la fuerza de tal asociación al ver los beneficios crecer, y que los obreros de la Crécherie, ganaban ya el doble que los de otras fábricas. Había que reconocer que el trabajo de ocho horas, de seis, de tres, el trabajo agradable por la diversidad de tareas, en talleres claros y alegres, con máquinas que podían guiar niños, era fundamento de la sociedad futura. Los míseros asalariados de ayer, se volvían sanos, inteligentes, alegres, amables. La cooperación, necesaria, suprimía los intermediarios parásitos, el comercio en que se perdían tanta fuerza y riqueza; y así, los Almacenes Generales funcionaban sin choques decuplando el bienestar de los hambrientos de ayer, colmándolos de los goces reservados antes á los ricos. Había que creer en los prodigios de la solidaridad que debe hacer de la vida una fiesta continua para todos, al ver las reuniones de la Casa-Comunal, futuro palacio real del pueblo, con sus bibliotecas, museos, salas de espectáculos, jardines, juegos y diversiones. ¿Como, en fin, no renovar la instrucción y la educación, no fundándolos en la pereza, sino en el afán de saber, haciendo el estudio agradable, dejando á cada cual su energía y reuniendo los sexos, si las escuelas prosperaban tanto, sin exceso de libros, mezclando lecciones y recreos al aprendizaje profesional? El ejemplo de la Crécherie se hacía contagioso. No eran teorías, eran hechos; se iban ganando hombres y terrenos del contorno; nuevos obreros se presentaban en masa, nuevas construcciones brotaban doquiera. En tres años dobló la población de la Crécherie; la progresión se aceleraba. Era la ciudad soñada, la ciudad del trabajo reorganizado, otra vez noble; la ciudad futura de la dicha conquistada, camino de ser metrópoli. Los talleres, todas las construcciones, crecían, cubrían hectáreas; y las casitas

claras y alegres entre verdes jardines se multiplicaban. Esta ola avanzaba hacia el Abismo, amenazaba sumergirle. Tiempo atrás, había ancho espacio entre ambas fábricas, los terrenos incultos que Jordán poseía en la falda de los Montes Bleuses. Ahora las últimas casas de la Crécherie llegaban á doscientos metros del Abismo. La ola que iba á batir contra él ¿no le cubriría, no le arrastraría, reemplazándole con su triunfal alegría y salud floreciente? También el viejo Beauclair estaba amenazado. Un extremo de la ciudad naciente marchaba hacia él, iba á barrer el negro y pestífero lugarón obrero, nido de dolor en que agonizaba el salario. A veces Lucas, el fundador de la ciudad, la miraba crecer haciendo salir del suelo el Beauclair de mañana la mansión feliz. Todo Beauclair se conquistaría de monte á monte, las gargantas de Brias se llenarían de casas alegres, entre verdores, llegando á los campos inmensos, fértiles de la Rumaña. Faltaban años, pero él ya veía la ciudad futura.

Una tarde, Bonnaire le trajo á Babette, la mujer de Bourron, que le dijo, siempre alegre:

—Pues, señor Lucas, el caso es que mi marido quisiera volver á la Crécherie. Pero como se marchó de tan mala manera, no se atreve á venir... y vengo yo.

Bonnaire añadió:

—Hay que perdonar á Bourron á quien el desgraciado Ragú dominaba... No es malo, es débil, y podremos salvarlo.

—¡Venga Bourron!—gritó Lucas alegre.—No quiero la muerte del pecador, al contrario. Muchos se abandonan pervertidos por los compañeros. Bourron servirá de ejemplo.

Nunca se había sentido más feliz; la vuelta de Bourron le pareció decisiva, aunque el obrero ya valía poco. Pero rescatarle, salvarle, era una victoria sobre el salario. Y además, otra casa para su pueblo, una ola tras otras olas ha-

ciendo subir la marea que había de llevarse el mundo viejo.

Otra tarde vino Bonnaire pidiéndole que admitiera otro obrero del Abismo, pero no insistió por lo poco que valía su recomendado.

—Es el pobre Fauchard que se decide. Ya recordará usted que anduvo dando vueltas para venir varias veces. No podía resolverse á nada, temía escoger, abrumado, entortecido, aniquilado por el trabajo. No es un hombre, es una rueda desvencijada... Temo que no podamos hacer nada de él.

Lucas recordaba sus primeros días en Beauclair.

—Sí, ya sé; tiene una mujer, Natalia ¿no es eso? que se queja mucho, y que siempre anda á caza de quien la fiere. Y tiene un cuñado, Fortunato, que no tenía todavía diez y seis años, muy pálido, pasmado, víctima ya del trabajo maquinal y antes de tiempo ¡infelices!... Pues bien, que vengan todos ¿por qué no? Será un ejemplo más, si podemos hacer de Fauchard un hombre, libre y contento!

Y añadió alegre:

—Una familia más, una casa más. Bonnaire ¿lo ve usted? esto se vá poblando, caminamos hacia la gran ciudad de que le hablé desde el primer día en que usted no quería creer. ¿Se acuerda? me seguía usted por gratitud... ahora ¿está usted convencido?

Bonnaire con algún embarazo, tras de una pausa dijo con franqueza:

—¿Cuándo se convence uno del todo? Hay que tocar los resultados con la mano. La fábrica prospera sin duda, crece nuestra sociedad, el obrero vive mejor, hay algo más de justicia y de felicidad; pero usted conoce mis ideas: todo esto es todavía el salario maldito; no veo que se realice la sociedad colectivista.

Solo como teórico se defendía. No soltaba sus ideas, pero tenía fe admirable en el trabajo, y gran valor y actividad. Era el héroe obrero; el verdadero jefe que había d

cidido de la victoria de la Crécherie dando á los compañeros un paternal ejemplo de solidaridad. Cuando se presentaba en los talleres, tan alto, tan fuerte, tan honrado, todos le alargaban la mano. Ya estaba más convencido de lo que decía; muy contento viendo á los camaradas sufrir menos, gustar de todo, morar en sanas viviendas, rodeadas de flores. Ya no moriría sin ver cumplido el anhelo de toda su vida, que hubiese menos miseria y más equidad.

—Sí, sí,—dijo Lucas riendo,—la sociedad colectivista la realizaremos, y algo mejor; y sino somos nosotros serán nuestros hijos, los niños queridos que criamos para eso... Confianza Bonnaire; el porvenir es nuestro, pues nuestra ciudad crece, crece sin cesar.

Y con un ademán mostraba, entre los árboles nuevos, los techos de las casas con azulejos de colores que alegraba el sol poniente. Y siempre volvía á las tales casas, como vidas que su aliento parecía sacar de la tierra y que veía realmente en marcha, cual un ejército pacífico que iba á sembrar el porvenir sobre las ruinas del viejo Beauclair y del Abismo.

Pero había más, no hubiera bastado este triunfo; lo decisivo era que también el pueblo aldeano, en Combettes, triunfaba á su vez con el esfuerzo común, el lazo entre la aldea y la fábrica. Allí también se estaba empezando, pero ¡que promesa de prodigiosa fortuna! Desde el día en que el alcalde Lenfant y el adjunto Ivonnot, reconciliados, habían hecho á todos juntar sus tierras en un dominio de centenares de hectáreas, había aparecido una fertilidad extraordinaria. Hasta entonces, sobre todo en los últimos años, la tierra parecía declarada en quiebra, como en toda la inmensa llanura de la Rumaña, antes tan fecunda, ahora triste, cubierta de espigas ruines y escasas. Era esto efecto de la ignorancia testaruda de los hombres, de la pereza; los métodos anticuados, la falta de abonos, de máquinas y de concordia. Que lección la que daba Combettes. Compra

ban á crédito los abonos, se procuraban útiles y máquinas en la Crécherie á cambio de pan, vino y legumbres. Estaba su fuerza en no aislarse, en el lazo solidario ya indestructible entre la aldea y la fábrica; era la reconciliación antes imposible, del aldeano y del obrero. Combettes y la Crécherie se necesitaban mutuamente. Milagroso espectáculo el de esta llanura renaciente, antes casi abandonada cubierta ahora de ricas mieses. Entre las demás tierras parecía Combettes un mar pequeño de verdura que toda la comarca miraba estupefacta y al fin con envidia. Otras aldeas querían ya seguir el ejemplo. Los alcaldes de Fleuranges, de Lignerolles, y de Bonneheux hacían proyectos de sociedades, recogían firmas. Pronto crecería aquel mar verde, hasta que toda la Rumaña no fuera más que un solo dominio, un solo océano pacífico de trigo que bastara á sustentar á todo un pueblo feliz.

Con frecuencia, Lucas, por gusto, daba largos paseos á pie á través de aquellos campos fértiles, y á veces encontraba á Feuillat, el colono de Boisgeline, paseando también con las manos en los bolsillos, mirando con aire silencioso y enigmático brotar aquella riqueza del campo bien cultivado. Sabía Lucas que de él era la iniciativa de todo aquello y quien todavía aconsejaba; y le sorprendía mucho ver la miseria en que dejaba las tierras que había arrendado, el dominio de la Guerdache, cuyos campos pobres eran una mancha, un desierto inculto junto á la fertilidad de Combettes. Un día le dijo:

—¿No se avergüenza usted un poco de cultivar tan mal sus tierras, viendo las del otro lado del camino tan bien cuidadas? Por su propio interés debiera usted trabajar con la actividad é inteligencia de que sé que es muy capaz.

El colono, primero sonrió, callado. Después dijo sin miedo:

—Ay, señor Lucas, la vergüenza es un sentimiento demasiado fino para nosotros, pobres rústicos. Y en cuanto á mi interés, se reduce á sacar lo justo para vivir de estas

tierras que no son mías. Les saco el pan y basta, sería un tonto haciéndolas excelentes para enriquecer no más que al amo, al señor Boisgeline, que puede cada vez que acaba un arrendamiento echarme fuera... Para hacer de un campo un buen campo tiene que ser de uno mismo, ó mejor todavía, de todos.

Socarrón, se burlaba de los que dicen á los aldeanos: «¡Amad la tierra, amad la tierra!» Sí, eso quería él; pero también quería ser amado, es decir, no quería amarla en beneficio de otros. Su padre, su abuelo, su bisabuelo la habían amado bajo el palo de los explotadores sin sacar más que miseria y lágrimas. Ya estaba harto, no quería más engaño; no más fecundar la tierra para que el propietario se lo llevara todo.

Tras de una pausa, añadió con ardor concentrado, en voz más baja:

—Sí, sí; la tierra de todos, para volver á amarla y á cultivarla... Yo, espero.

Lucas le miraba, asombrado; en su actitud reservada adivinaba viva inteligencia. Tras el aldeano rudo y socarrón distinguía un agudo diplomático; un precursor el cual veía claro el porvenir que llevaba el ensayo de Combettes á un fin remoto, que conocía él solo.

—De modo, que si deja usted sus tierras en ese estado, es para que las comparen con las próximas y se comprenda la lección... ¿Pero no es eso un sueño? Combettes nunca invadirá ni se tragará á la Guerdache.

Feuillat volvió á reír callado. Después dijo:

—Puede ser; de aquí allá tendrían que pasar muchas cosas... en fin, quien sabe, yo espero.

Dió algunos pasos y añadió abarcando con un ademán el horizonte:

—Eso no quita que esto adelante, recuerde usted como estaba todo? y vea usted, vea usted ahora, con el cultivo en común, máquinas y ciencia, rebosan las cosechas; todo el país se conquista poco á poco. ¡Dá gozo ver todo esto!

El entusiasmo del aldeano se comunicaba á Lucas. Si se sentía fuerte en la Crécherie, era porque contaba con aquel granero abundante. Y no veía con más placer el progreso de su ciudad de obreros, que estos campos fértiles de Combettes que llevaban la onda de sus mieses en oceano sin límites de un confin á otro de la Rumaña. Era el mismo esfuerzo, la misma civilización próxima, la humanidad que iba á la verdad, á la justicia, á la paz, á la dicha.

El efecto más inmediato del buen éxito de la Crécherie fué hacer comprender á las fábricas menores del país la ventaja de asociarse á ella. La Chodorge, fábrica de clavos que compraba las materias primeras á su poderosa hermana, se decidió primero y se dejó absorber por interés común. Después la casa Hausser, que tenía la especialidad de las guadañas y podaderas, después de haber forjado sobre todo sables, también se asoció. Tardó más la casa Miranda y compañía, que construía máquinas agrícolas, y uno de cuyos propietarios, reaccionario, luchaba contra toda novedad; pero ante una crisis grave, se retiró y el otro salvó la fábrica apresurándose á fundirla con la Crécherie.

Todas estas casas, así arrastradas en el movimiento de asociación, emitían acciones, aceptaban los mismos estatutos, el reparto de los beneficios basado en la alianza del trabajo, del capital y de la inteligencia. Llegaban á constituir una sola familia en cien grupos diversos, dispuesta siempre á recibir nuevas adhesiones, pudiendo así extenderse á lo infinito.

En Beauclair, asombrado, desconcertado, llegó al colmo la alarma. Entonces qué ¿la Crécherie iba á crecer sin cesar, el pueblo mismo, después de las fábricas, y después la inmensa llanura, iban á ser no más las dependencias, el dominio, la carne misma de la Crécherie? Turbados estaban los corazones, los cerebros empezaban á preguntar donde estaba el interés de cada cual, la fortuna posible.

En el círculo de los comerciantes, entre los almacenistas sobre todo, aumentaba la perplejidad, viendo bajar la venta; temían tener bien pronto que cerrar la tienda. La locura fué general cuando se supo que Caffiaux, el especiero tabernero, acababa de entenderse con la Crécherie para que su casa fuera un simple depósito, una especie de sucursal de los Almacenes Generales. Mucho tiempo había pasado por agente del Abismo, algo espía de la dirección, envenenando al obrero con alcohol, vendiéndole en seguida á sus jefes, pues la taberna es el más firme pilar del salario. En todo caso, no era trigo limpio; acechaba la victoria del más fuerte, siempre dispuesto á la traición, enemigo de quedar debajo. Aumentó la inquietud viéndole pasarse tan fácilmente á la Crécherie. El movimiento de adhesión se aceleraba con la fuerza decuplicada de la velocidad adquirida. La guapetona señora Mitaine, la panadera, no había esperado la conversión de Caffiaux para aprobar lo que sucedía en la Crécherie, y estaba dispuesta á asociarse, aunque su panadería seguía floreciente gracias á su bondad y belleza que la hacían popular. Sólo el carnicero Dacheux se emperraba con el furor sombrío de la ruína de todas sus ideas; prefería morir en medio de los últimos cuartos de res, el día en que ya no encontrase un burgués para comprarle la carne á su precio; y el caso llegaría; la parroquia le dejaba poco á poco, y tanto rabiaba que la apoplegia amenazábale como un rayo.

Un día Dacheux fué á casa de Laboque, para donde citó á la señora Mitaine. Se trataba, decía, de los intereses morales y comerciales de todo el barrio. Se decía que los Laboque para evitar la quiebra se pasaban á Lucas, y se hacían simplemente depositarios de la Crécherie. Desde que ésta cambiaba directamente sus productos por el pan de Combettes y de otras aldeas, sindicadas, los Laboque habían perdido los mejores parroquianos, los aldeanos de los contornos, sin contar los consumidores de Beauclair que economizaban mucho comprando en los almacenes

de la fábrica, abiertos ya á todos. Era la muerte del comercio, tal como se había entendido hasta entonces, como intermediario entre el productor y el consumidor encareciendo la vida, parásito de las necesidades ajenas. Rueda inútil que comía fuerza y riqueza y cuya desaparición era segura ante un ejemplo que probaba con qué facilidad se le suprime, en bien de todos. Esto lamentaban los Laboque, en medio de su bazar desierto.

Cuando Dacheux se presentó, la señora Laboque, negra y flaca, estaba en el mostrador desocupada, sin ánimo ni para hacer media; mientras el marido, con ojos y nariz de hurón, iba y venía como alma en pena entre las cajas de mercancías, cubiertas de polvo.

—¿Sabe usted lo que me han dicho?—gritó el carnicero congestionado;—¡qué es usted traidor, que está á punto de entregarse! ¡Usted que perdió su pleito con el bandido, que juró su muerte aunque dejara la piel en la demanda! ¡Y ahora se nos pasa, nos deja!

Laboque se enfadó.

—¡Va usted á dejarme en paz; bastantes disgustos tengo yo! Al pleito estúpido, ustedes todos me lanzaron. Ahora de fijo no me trae usted dinero para pagar mis vencimientos de fin de mes. ¡Pues entonces, no me venga usted con canciones ni con si prometí ó no prometí dejar la piel!

Y señalando las mercancías, añadió:

—La piel ahí la tengo; y si no me las arreglo, los alguaciles estarán aquí el miércoles... Sí, señor, es verdad, ya que usted quiere saberlo; estoy en tratos con la Crécherie y firmaré esta tarde... Dudaba todavía, pero ya me aburren demasiado!

Se dejó caer en una silla, mientras Dacheux sofocado, furioso, sólo podía balbucir juramentos. Y tras el mostrador, sonó entonces la queja de la abrumada señora Laboque, en voz baja y monotonía:

—¡Haber trabajado tanto, Dios mío! tanto sufrir al prin-

cipio llevando la quincallería de pueblo en pueblo y luego los esfuerzos que costó! Abrir esta tienda y hacerla crecer. Y todo iba bien, la recompensa vendría. Una casa de campo para retirarse con sus rentas; y ahora todo se hunde, el pueblo se vuelve loco; ¡yo no sé todavía por qué, santo Dios!

—¿Por qué, por qué?—gruñó Dacheux.—Porque esto es la revolución y los burgueses unos cobardes que no osan defenderse. ¡Pero yo, el mejor día, si me apuran mucho, cojo las cuchillas y ya veréis lo que es bueno!

Laboque se encogió de hombros.

—¡Bonito negocio!... Eso está bien cuando se cuenta con la gente; pero en víspera de quedarse solo, lo mejor es seguir á regañadientes á los demás... Caffiaux lo ha entendido.

—¡Valiente sinvergüenza!—rugió el carnicero.—¡Un traidor, un vendido! Ya sabréis que ese bandido, el señor Lucas, le ha dado cien mil francos por abandonarnos.

—¡Cien mil francos!—repitió el quincallero echando chispas por los ojos, haciendo ver una ironía escéptica;—quisiera que me los ofreciese á mí, que pronto se los tomaba... Es necedad obstinarse, lo prudente es siempre estar con los más fuertes.

—¡Qué miseria, qué miseria!—añadió la señora Laboque, quejumbrosa.—Esto es el mundo al revés, el fin del mundo.

Oyó esto la señora Mitaine que entraba.

—¡Cómo el fin del mundo!—dijo alegre.—Ahora mismo acaban de parir dos vecinas un par de cachorros... ¿Y los chicos, Augusto y Eulalia, cómo están? ¿No andan por aquí?

No, ni ahora ni nunca andaban por allí. Augusto, ya cerca de los veintidos años, era un apasionado de las artes mecánicas y aborrecía el comercio; Eulalia, muy juiciosa á los quince, ya una mujercita de su casa, vivía casi siempre con un tío colono, de Lignerolles, cerca de Combettes.

—¡Oh, los hijos, si hubiera que contar con ellos!—dijo la señora Laboque en nuevo lamento.

—¡Todos ingratos!—declaró Dacheux que no se reconocía en su hija Juliana, robusta y hermosa señorita, cariñosa, que á pesar de sus catorce cumplidos jugaba todavía con los pilluelos en medio de la calle de Brias.—¡Cuándo se cuenta con los hijos lo seguro es morir de miseria y á disgustos!

—¡Pues yo cuento con mi Evaristo, vaya!—replicó la panadera.—Va á cumplir veinte años, y aunque no ha querido aprender el oficio de su padre, no reñiremos por eso. Los chicos salen con ideas diferentes de las nuestras, porque nacen para tiempos que no alcanzaremos. Yo á mi Evaristo sólo le pido que me quiera mucho y eso es lo que hace.

En seguida expuso su caso con calma á Dacheux. Si había venido, llamada por él, era para que constase que cada comerciante de Beauclair debía conservar su libertad de acción. Ella no había entrado todavía en la asociación de la Créchérie, pero pensaba entrar cuando bien le pareciese, el día en que conviniera á los demás ó á ella misma.

—Evidentemente,—concluyó Laboque.—Yo no puedo hacer otra cosa; firmaré esta tarde.

Volvió á quejarse la señora Laboque pronosticando el fin del mundo.

—Eso no, eso no,—exclamó de nuevo la arrogante panadera;—como ha de acabarse el mundo si nuestros hijos pronto podrán casarse y tendrán hijos que se casarán á su vez para tener otros hijos. Unos empujan á otros, el mundo se renueva, ¡eso sí!... Es el fin de un mundo si usted quiere.

La frase, fué de un efecto tan claro y decisivo, que Dacheux exasperado se fué dando un gran portazo, llenos de sangre los ojos, amenazado de apoplejía. Era el fin de un mundo, el fin del comercio inicuo y corruptor que hace la fortuna de unos pocos con la miseria de los más.

El último golpe iba á trastornar á Beauclair. Hasta allí la Créchérie había triunfado atrayendo las industrias similares y el comercio menudo; ¡pero qué admiración el día que se supo que el alcalde Gourier se pasaba á las nuevas ideas! No se asociaba, pues se bastaba á sí mismo, como decía con vanidad, pero creaba junto á la otra una asociación semejante; su gran zapatería de la calle de Brias se organizaba por acciones sobre la base ya experimentada del capital, el trabajo y la inteligencia que dividían en tres partes el beneficio. Era un nuevo grupo, el del vestuario al lado del grupo del acero y el hierro. La semejanza fué mayor cuando Gourier logró sindicar á sastres, sombrereros, gorros, la lencería y la mercería. Se habló de un grupo más que un gran contratista de albañilería se ocupaba en crear asociando á los albañiles, á todos los obreros de construcciones, labrantes, carpinteros, cerrajeros, plomeros, pizarreros y pintores, vasto grupo que englobaría también á los arquitectos, los artistas, sin contar á los obreros del mobiliario, ebanistas, tapiceros, bronceistas y hasta los relojeros y joyeros. No era más que una vegetación lógica, ejemplo de la Créchérie que había sembrado esta idea de las agrupaciones naturales que brotaban por imitación. Se notaba, además, que un lazo general se establecía por encima de los grupos, lazo común que dejando los distintos, los reuniría algún día en una amplia reorganización social del trabajo, único código en la ciudad futura.

Pero la idea de librarse de la Créchérie, imitándola, pareció superior al talento de Gourier. Se atribuyó al consejo de Châtelard, el subprefecto, que se obscurecía cada vez más, descuidado y tranquilo, según Beauclair se transformaba. En efecto, almorzando en casa del alcalde sin más testigos que Leonor, aún hermosa, Châtelard había dicho:

—Amigo mío, estamos perdidos. En París todo va mal, la revolución se acerca, todo esto se cae. Aquí, nuestro Boisgelin es un pobre hombre vanidoso á quien la Delaveau

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

dejará sin un cuarto. Todos, menos el marido, sabemos á donde van las ganancias del Abismo en su lucha heroica contra la quiebra, y ya verá usted pronto que desastre... Así que, fuera necedad no pensar en sí mismo si no se quiere ser arrastrado en la ruina.

Leonor se alarmó.

—¿Está usted amenazado, amigo mío?

—¡Yo no! ¿Quién piensa en mí? ningún gobierno se tomará el trabajo de atender á mi humilde persona, pues tengo el talento de administrar lo menos posible, diciendo siempre amén á mis jefes, de suerte que paso por criatura de todos los ministros. Yo moriré aquí olvidado, feliz, hundiéndome con el último ministerio... En quien pienso es en ustedes, amigos míos.

Y explicó su idea, enumerando las ventajas de adelantarse á la revolución, haciendo de la zapatería Gourier otra Créchérie. Comprendía la vida nueva; en este pacífico funcionario tan escéptico había brotado un verdadero anarquista, disimulado con aparente reserva diplomática.

—Por supuesto, yo tendré que desaprobador públicamente la conducta de usted. Le llamaré traidor, loco. Pero aquí en casa, le abrazaré porque les habrá usted jugado una buena pasada, muy reproductiva. ¡Verá usted qué cara ponen!

Gourier, asustado, se resistió. Todo su pasado protestaba; su largo reinado de patrón le hacía rechazar la idea de no ser mas que un asociado de centenares de trabajadores de quien había sido hasta entonces dueño absoluto. Mas á pesar de las trazas, para el negocio era listo. Comprendió las ventajas del cambio y además se sintió contagiado por la fiebre de reformas que en las épocas revolucionarias enloquece precisamente á las clases vencidas. Llegó á creer que la idea era suya, como se lo repetía Leonor día y noche, por consejo de su amigo Châtelard.

Fué un escándalo en toda la burguesía de Beauclair. Se dieron pasos, se procuró que interviniera el presidente

Gaume, habiéndose negado el subprefecto que declaraba á voces el caso escandaloso, y que no quería mezclar en él á la administración. Tampoco aceptó el presidente, que vivía muy retirado, sin ver á nadie desde el día en que su hija Lucila, sorprendida en flagrante delito con un pasante de notario muy joven, había tenido que refugiarse en su casa. Se emplearon los grandes remedios, Jollivet, el capitán, yerno de Gaume, después de separado de su mujer se había lanzado en la reacción con furia loca. Mandaba tales artículos al «Diario de Beauclair» que Lebleu, el impresor, alarmado con el giro que tomaba aquello y comprendiendo la necesidad de estar con el más fuerte, le había cerrado á lo mejor la puerta, deseando cambiar de partido. Desarmado, ocioso, el capitán paseaba su cólera impotente, cuando se le invitó á que influyera con el presidente, con el cual no había roto por completo. Fué á verle, y cuando salió á las dos horas, no había sacado de su suegro mas que respuestas evasivas, pero él se había reconciliado con su mujer. Al día siguiente, volvía ella al domicilio conyugal; el capitán perdonaba, por esta vez, con la formal promesa de no volver ella á las andadas. Beauclair vió estupefacto tal desenlace, y acabó aquello en una gran cajada.

Fueron los Mazelle los que consiguieron que confesara el presidente Gaume, por azar y sin tal misión. Solía pasear por las mañanas por el boulevard de Magnolles, largo y desierto, con la cabeza baja, las manos á la espalda, meditando sombrío. Se le iban encorvando los hombros como bajo el hundimiento final; parecía aniquilado tras una existencia fallida, por el mal que había hecho y el bien que no podía hacer. Cuando levantaba un instante los ojos, mirando á lo lejos, parecía esperar de lo desconocido del mañana, algo que no llegaba, que él no vería. Los Mazelle le encontraron yendo á la iglesia y se le acercaron

para saber su opinión sobre los asuntos públicos, temiendo que les trajeran algún desastre personal.

—Y vamos á ver, señor presidente, ¿qué dice usted de lo que pasa?

Levantó la cabeza, miró un instante á lo lejos y dijo como hablando consigo mismo:

—Digo que tarda mucho en venir el huracán de verdad y de justicia, que acabará por llevarse este mundo abominable.

Los Mazelle asustados, murmuraron:

—Como, como... nos mete usted miedo porque sabemos que no somos muy valientes. Sí, sí, la broma de siempre.

Gaume, vuelto en sí, reconoció á los Mazelle, pálidos y asustados, temblando por su dinero y su pereza. Sonrió con ironía desdeñosa, y dijo:

—¿Qué tienen ustedes? El mundo durará todavía veinte años, y si ustedes viven se consolarán de los disgustos de la revolución asistiendo á cosas interesantes... A su hija es á quien debiera preocuparle el porvenir.

—Justamente,—dijo la señora Mazelle en son de queja.—Luisa no se preocupa... ¡Oh! absolutamente nada... Tiene trece años apenas y encuentra muy gracioso lo que se le dice, oyéndonos hablar de ello, naturalmente, día y noche. Se ríe mientras nosotros rabiamos. Cuando le digo: «¡Pero, infeliz! no tendrás un cuarto», me responde, saltando como una cabra; «¡Pues me tiene sin cuidado, papá, qué veas! así estaré más contenta». Así y todo, es muy satisfecha, aunque nos da pocas satisfacciones.

—Sí,—dijo Gaume,—es una niña que anhela vivir por sí misma. Hay de eso.

Mazelle perplejo aún temía que se burlaban de ella. La idea de que la fortuna hecha en diez años y la deliciosa holganza soñada desde la juventud podían desaparecer, teniendo acaso que trabajar como todos, le angustiaba de modo que venía á ser un primer castigo.

—Pero la renta, señor Presidente, ¿qué será de ella

¿gún usted, si todos esos anarquistas llegan á trastornar el mundo?... Usted recordará á ese señor Lucas que tan mal papel representa y nos daba broma con la supresión de la renta... ¡Para eso, que nos degüellen en medio de un monte!

—Duerman en paz,—repitió Gaume con tranquila ironía,—la sociedad nueva los alimentará si no quieren trabajar.

Los Mazelles se fueron á la iglesia donde hacían arder varios cirios por la curación de la señora Mazelle, desde un día que el doctor Novarre había dicho sin rodeos que no estaba enferma. ¡Qué no! y su enfermedad la cuidaba ella amorosa hacia tantos años; y de ella vivía, pues era su ocupación, su recreo, su razón de ser. El médico la creía incurable, pues la abandonaba; y ella, aterrada, se volvía á la religión, encontrando un gran consuelo.

Por el desierto boulevard de Magnolles paseaba también Marle, el cura, leyendo su breviario. Pero con frecuencia dejaba caer la mano que sostenía el libro, y seguía andando con lentitud, también perdido en el fondo de negros pensamientos. Todas aquellas novedades habían dejado todavía más sola su iglesia; quedaban las tres viejas de pueblo, estúpidas, testarudas, mezcladas con algunos burgueses que sostenían la religión como última muralla de una buena sociedad que se hundía. Desiertas las iglesias católicas, otra civilización comenzaría; por eso tal público no consolaba á Marle que sentía el vacío, más cada vez, en torno de su Dios. En vano Leonor, la alcaldesa, adornaba con su presencia las ceremonias del domingo y en vano habría la bolsa para los gastos del culto; conocía el cura su indignidad, su pecado crónico de adulterio que el pueblo entero aceptaba y que él mismo había tenido que cubrir con el manto de su ministerio sagrado, pero que reprobaba, como una condenación de que sería responsable. Aún menos le bastaban los Mazelle, pueriles, de bajo egoísmo que acudían á él pidiendo al cielo la dicha personal, colo-